

Mariano Gómez de Caso Estrada
gomezdecaso@telefonica.net

La Plaza Mayor de Segovia.

(Publicado en la Revista Cultural de Ávila, Salamanca y Segovia)

La Plaza Mayor de Segovia, a partir de 1532 en que se hundió la iglesia de San Miguel donde se había proclamado reina de Castilla la princesa Isabel en 1474, templo que ocupaba gran espacio hacia el actual kiosco, ha tenido no pocos nombres oficiales; el pueblo, que siempre se ha salido con la suya, le dio el de La Plaza, justificación sobrada por infinidad de motivos.

Espacios amplios han faltado intramuros, excepto los que se encuentran ante el Alcázar y la iglesia de San Juan de los Caballeros, junto a las murallas, ya que las plazas o plazuelas que hoy tenemos han surgido como consecuencia de templos o conventos como se tiraron a mediados del siglo XIX: San Pablo, en la plazuela del conde de Cheste; San Román, en la del conde Alpuente; San Facundo, en la de este mismo nombre; el convento premostratense de Los Huertos, en cuyo lugar se edificó Correos, el colegio de Los Huertos, el Banco de España y los actuales jardines; finalmente, el convento de La Merced, de ahí el nombre con que hoy designamos esa plaza y jardines. La plaza, por antonomasia, se encuentra hacia el centro del caserío intramuros, presidida por la Casa-Ayuntamiento, limitada por el ábside de la catedral así como por la iglesia de San Miguel, con nueva alineación.

En ella se celebraban todos los festejos de las tradicionales fiestas de San Juan y San Pedro con las luminarias, fuegos artificiales, bailes de dulzaina y tamboril, corridas de novillos sueltos o toros enmaromados. Al dar la Plaza con una de las puertas de la catedral, la más frecuentada, la de San Geroteo, las procesiones iniciaban allí su itinerario; las subidas y bajadas de la patrona desde su santuario, la Virgen de la Fuencisla, allí eran y son lugar de recibimiento; el ejército se hacía presente con misas de campaña, juramentos a la bandera, y todo género de desfiles. Era, y es, el lugar idóneo para actos oficiales relacionados con el Ayuntamiento.

Hasta hace medio siglo, se celebraban el mercado de los jueves, con venta de artículos de comer como frutas, hortalizas, granos, aves, caza, huevos; cacharrería en general, loza, calzados, prendas de vestir.

En la misma Plaza y calles adyacentes había toda clase de establecimientos de géneros o servicios, tabernas, figones, posadas, barberías, sastrerías, estancos, tiendas de ultramarinos, pescaderías, tahonas, boticas, que surtían de todo artículo de consumo o necesidad de provisión. El trajín de las gentes atraía la atención de escritores y pintores a cuyo interés se sumaban la arquitectura popular. La Plaza Mayor es, pues, motivo pictórico. No escapó de la atención de Darío de Regoyos, Lope Tablada Maeso, Daniel Zuloaga y su sobrino Ignacio. Respecto a modo de cómo fue interpretada se presentan los siguientes cuadros.

La diligencia de Segovia. 1882. Óleo sobre lienzo, 30 x 42
Por Darío de Regoyos (1857-1913)

En 1868 se había establecido en Segovia la primera línea de diligencias. De 1884 data la comunicación por ferrocarril con Medina del Campo, para poder enlazar Segovia con los trenes de Madrid a Irún, y, finalmente, en 1888 nuestra capital quedó unida con

Villalba, reduciendo, quizás en nueve horas el viaje a Madrid al evitar el gran rodeo por la citada Medina. Así pues, durante los dieciséis años que los segovianos dispusieron del servicio de diligencias, pudieron emplear solamente un día en ir a la Corte en vehículos públicos, pues hasta entonces, las galeras aceleradas empleaban tres.

Cuando Darío de Regoyos realizó este cuadro en 1882 -segundo viaje a España desde que se instaló en Bélgica, presentado por primera vez en el Palacio de las Bellas Artes de Bruselas, abril de 1893, posteriormente en Madrid, en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1892- pudo ver el nuevo edificio levantado en 1869 sobre arcadas, que comenzaba a rejuvenecer la Plaza Mayor por la parte Sur. Se alargaba desde la esquina de la calle de la Cintería (Isabel la Católica) hasta la de Reoyo (Infanta Isabel).

Desde un balcón de esta casa realizó el entrañable cuadrado. Una diligencia va a partir de su sitio habitual, casi en la esquina de Los Valientes, donde comenzaba la calle del Toril, frente a Las Bolas. Estas casas, de las que solamente se ve algún portal y tiendas, las pintarían años después Lope Tablada Maeso e Ignacio Zuloaga, dejando así un testimonio visual del abigarrado conjunto de edificaciones que se comenzaron a tirar en 1915. Al vehículo están enganchadas las cuatro parejas de mulas. Tres mujeres están sentadas al borde de la acera, que ha pocos años se había solado desde la calle de la Cintería hasta la Catedral, esperan compradores así como un aldeano sentado sobre un saco y con la mercancía en el suelo. Por la escalera de mano, un mozo está terminando de preparar la carga en la imperial; la berlina, interior y cupé se ocuparán cuando el mayoral dé la orden.

Quien por primera vez bajara por la calle Real -más estrecha en ciertos lugares que en la actualidad- dentro de esos terribles cajones y llegara a aquellos lugares donde las casas pretendían formar un emparrado con los sueltos canalones mecidos por el viento, y menos si otro viajero no le hubiera advertido que, el iracundo mayoral, haciendo restallar el látigo al aire sobre las puntiagudas orejas de los resabiados animales como advertencia del siguiente chasquido se produciría sobre sus grupas o lomos, gozaba al conducir con pericia las cuatro parejas por la tortuosa calle, haciendo a la vez alarde de un arrogante conducir. El cochero aminoraría la marcha al dar vista a la Casa de los Picos, donde, a buen seguro, el novel viajero pensaría que era imposible que atinara el auriga para meter la diligencia por el hueco de la muralla. Esta hazaña de salvar la Puerta de San Martín, debía ser objeto de comentario diario, así que el alcalde, don Mariano de la Torre Agero, mandó en 1883 que se tirara.

Atravesada esa puerta juradera, la cuesta se pronunciaba, y posiblemente el novato viajero dudó que de nuevo los mozos se echaran al suelo pues ya le habían contado cómo, en ocasiones, los caballos, desprendidos de la caja del juego delantero, habían emprendido vertiginosa carrera resbalando sus herraduras sobre el pulido granito hasta alcanzar lo llano en la plaza del Azoguejo.

Allí grupos de curiosos gustaban de verla atravesar el Acueducto camino de Riaza, Sepúlveda o Cuéllar o efectuando parada para recoger viajeros con destino a Madrid.

Ha quedado en memoria en todos, y no recogido por cronista ninguno, la incógnita de qué materia se fabricaban entonces los cristales de las ventanillas, pues los aros de las cuatro ruedas saltaban descompasadamente, los viajeros eran zarandeados sobre sus asientos, los baúles, sacos y cajones de la imperial daban señales de escaparse de la lona que les cubría, las puertas y ventanillas trepidaban sin que los frágiles cristales de éstas saltaran hechos pedazos.

Plaza de un pueblo. 1882, Ó/l. 0'28 x 0'41 cm.
Darío de Regoyos. (1857-1913)

Cuando el autor de este escrito, el año 1992, paseaba por las salas del Museo de Bellas Artes de Bilbao acompañado del director en busca de cuadros de Darío Regoyos con el fin de traer al Torreón de Lozoya para una proyectada exposición, se enfrentó con este cuadro y, de inmediato lo solicitó. Le extrañó al acompañante pues, a su juicio, carecía de calidad respecto a otros ya seleccionados.

-¿Por qué tu interés por esta *Plaza de un pueblo*?

- Porque este pueblo es el mío.

-¿No eres de Segovia?

-Claro, y esto es la Plaza Mayor de Segovia.

Era pieza sin identificar, así que con su visita quedó documentado. Ese paisaje lo había realizado Darío de Regoyos un año antes de que se comenzaran a levantar por el arquitecto municipal Odriozola los arcos proyectados por su colega y antecesor en el cargo don Nicomedes Perier, con 84 metros cúbicos de una de las mejoras canteras de granito de los alrededores de Segovia, la de Las Nieves, solicitados por Celestino Gutiérrez.

Se trata de un paisaje ejecutado con cierta fantasía en lo que respecta a la zona derecha del cuadro donde asoma una torre, posiblemente la de San Facundo, derribada tres años después de realizado este cuadro.

La galería de madera del cuerpo superior del edificio central corresponde al Mesón Grande, con puerta entreabierta, y el correspondiente cartel muy reconocible en fotos de la época. Regoyos nos presenta la plaza, de tierra, hiriente a los ojos del artista que odiaba la luz cenital, más afines a las brumas del Cantábrico.

A la izquierda del cuadro se aprecia, con sombra del sol de tarde, la plaza del Cuatro de Agosto, donde sobresale el Torreón de Hércules..

La Plaza nada había cambiado de doscientos cincuenta años hacia atrás. En el primer cuarto de siglo del XVI se levantó el edificio del Ayuntamiento y poco a poco las casas laterales hasta completar el lado norte. Es el ángulo nordeste que toma Regoyos para limitar su cuadro por el lado izquierdo. Corresponde al espacio conocido por El Caño Seco (Plaza del 4 de agosto) único lugar accesible a la Plaza de circulación rodada procedente del Azoguejo –Calle San Juan, San Agustín, San Facundo, plaza de Guevara, La Trinidad y Valdeláguila. Por allí entraban los potentes bueyes tirando de enormes carros cargados de carbón, cándalos para las panaderías, o cualquier tipo de mercancía voluminosa; tartanas, diligencias, en fin, cualquier vehículo con ruedas ya que las calles del lado opuesto, Malcocinado y Nevería, que llevaban a la plazuela de La Rubia y de ésta a la calle Ancha, apenas su anchura llegaba a los dos metros, y era únicamente peatonal. Es pues, este cuadro uno de los escasos testimonios gráficos que nos ha llegado.

Plaza Mayor de Segovia. 1910. Acuarela. 46 x 58'5 cm.

Daniel Zuloaga. (1852-1921)

Representa la escena de un jueves, día de mercado, en pleno verano.

El centro de la plaza lo ocupan tenderetes con toldos. En algún puesto sencillo, paraguas negros abiertos protegen del sol. En el suelo se aprecian los géneros, banastas conteniendo productos del más variopinto color, algunos montones de sandías y otros difíciles de identificar. Este mercado es continuador del concedido por Enrique IV, pues esta Plaza Mayor sigue siendo tal cual, como lo fue antaño la plazuela de la Rubia o el zoco pequeño, el Azoguejo. Tanto la Plaza como las calles que de ella partían, ofrecían a vendedores y cuantos venían a mercar desde la provincia, todo lo necesario.

Junto al primer pilar de la izquierda, Zuloaga nos advierte que es lugar de parada y salida de diligencias, aunque será su amigo Regoyos quien haya proporcionado una imagen muy acertada de este medio de transporte.

Vemos en el cuadro que ya se ha echado a tierra el calamitoso Mesón Grande y la casa que se apoyaba en él, a la derecha, según se mira. Por el espacio resultante nos es permitido ver la casa de tres plantas que aún hoy día es la única airosa de la plazuela del Potro; a la izquierda resalta la torre de Hércules, en la que destaca el palomar sobre las dos imponentes series de ménsulas de granito.

Zuloaga nos ha dejado un testimonio histórico. Ya, años atrás, en 1884, se habían levantado los ocho arcos diseñados para que apoyaran las casas de una nueva alineación del lado Este de la Plaza. En beneficio de ensanche de calle, se expropiarían la del extremo izquierdo para mejorar la plazuela del Cuatro de Agosto (antigua del Caño Seco) y las dos del derecho, por lo que la calle Malcocinado quedaría con doble anchura para la futura que se denominaría del Cronista Lecea, que empalma la plaza Mayor con la de la Rubia. Esto llegó en 1910, fecha de este cuadro.

Malas habitaciones en los pisos altos a las que llegaba el hedor de las caballerías que entraban por el portón al espacioso corral y en él, las cuadras; se sumaban a esta fragancia, las provenientes de las traseras a causa de la suciedad dejada por las bestias al permanecer tiempo esperando a que se las herrara en el potro instalado en la plaza que hoy toma ese nombre. Los dormitorios eran pobres de aire y de luz y muy bajos de techos, con las paredes empapeladas infinidad de veces, lo que permitía fuera resguardado alojamiento para ejércitos de hambrientas chinches que esperan las horas nocturnas para repartirse lugar del cuerpo de los incautos pretendientes al descanso; pulgas y chinches hacían insoportable conciliar el sueño, parásitos insufribles; ya Quevedo daba con una justa solución <<Para que no te piquen las chinches de noche... acuéstate de día, es probado>>. Respecto a las comidas, únicamente la necesidad de llevar algo al estómago vencía la repugnancia.

Rincón castellano. Ó/l. 0'93 x 0'77 cm.

Ignacio Zuloaga. (1870-1945)

Firmado y dedicado "A mi querido Amigo Paco Durrio"

Colección de don Plácido Arango.

Otro tema segoviano sin antecedentes de ello en el archivo del propietario del cuadro. Fotografías antiguas han permitido la identificación, que nos llevan a considerar si este paisaje urbano puede ser el realizado en París, en 1920, con el título *Casas viejas de Segovia*, impreciso, pues son ocho o nueve los pintados por Ignacio Zuloaga a lo largo de su vida con este mismo título, lo que crea cierta confusión al catalogar la obra del artista eibarrés en nuestra ciudad. Para este trabajo "La Plaza Mayor de Segovia" otro cuadro, *Segovia, casas viejas*, de 1917, merecerá nuestra atención en este mismo artículo.

Paco Durrio (Francisco Durrieu), el destinatario, hijo de franceses, nació en Valladolid. Tenía 13 años cuando aparece su nombre en la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao. Por sus dotes mereció la protección de la Diputación de Vizcaya y del acaudalado don Cosme Echevarría, por lo que decidió completar su formación en París gracias a las ayudas de éstos. Allí viviría hasta 1940 en que falleció. Fue de los primeros en recibir a Zuloaga cuando éste se instaló en la ciudad del Sena; se profesaron tal amistad que estuvieron en constante unión hasta que les separó la muerte. Ignacio Zuloaga y su hijo Antonio estuvieron presentes en las exequias.

Durrio conocía Segovia ya desde finales del XIX; en esa época inició una buena amistad con Daniel Zuloaga de quien aprendió técnicas cerámicas, así que este paisaje de la Plaza Mayor segoviana fue, avanzados ya muchos años, supuso sin duda un emotivo regalo, evocador de las estancias y paseos por la vieja ciudad con estos artistas y otro íntimo de los tres, Pablo Uranga.

Los cuatro edificios representados fueron problemáticos para la remodelación de la Plaza que se estudió en la segunda mitad del siglo XIX, quedando su suelo en forma de un pentágono irregular, cuando hubo proyectos de organizar una gran plaza rectangular. Terminado de realizar este cuadro, las casas representadas ya pertenecían a la historia del urbanismo local pues habían sido derruidas cinco años antes, en 1915. En el número 26 de esta REVISTA CULTURAL, mi estimado amigo el arquitecto Alberto García Gil, dedicó su atención a esta reforma en el artículo que tituló **"In-out en la Plaza"**. Así, pues, mi comentario en ese sentido, sobra. Únicamente voy a dar unos datos para aquellos amantes del Segovia viejo, que no faltan como colaboradores o lectores de esta Revista.

En una tarjeta postal que reproduce estas casas, en la esquina, es fácil leer los anuncios que en el cuadro de Zuloaga quedan cual manchas. En uno se reproduce una botella y la leyenda "Elixir, vida estomacal, del doctor Sacristán. Cura el estómago e intestinos" Por bajo, "Santiago Barroso. Carros de transporte a la estación. Se hacen mudanzas de toda clase". Junto a la media puerta de la derecha del cuadro, el reclamo de "Vinos". Por cierto, ojeando los diarios locales "El Adelantado" y el "Diario de Avisos" de esos años, 1914/1915, se dio con una nota trágica, referencia a que un conocido industrial con establecimiento de vinos, se había suicidado tirándose desde el antepecho de la torre de la catedral, en la parte llamada de las ocho bolas.

En los bajos de esta manzana hubo una ferretería; una pastelería donde, en época veraniega, se expendía una muy solicitada horchata refrescada con nieve; a continuación una peluquería. Pero el establecimiento más distinguido que allí tuvo presencia fue el restaurante de Suárez, célebre por su cocina y la tertulia que acogió de todo lo cual da cumplida cuenta Fernández Berzal en un artículo publicado en "El Adelantado" el 14-

11-1925. Él restaurante ocupaba los tres arcos de estilo carpanel del centro del cuadro, restos de una antigua casona renacentista que fueron aprovechados para la construcción del edificio que hoy conocemos como casa Larios.

Las puertas y locales que se encuentran entre estos arcos y la esquina de la calle del Toril son las representadas en el cuadro de Darío de Regoyos “La diligencia de Segovia”.

Segovia, viejas casas. Ó/l.

Ignacio Zuloaga (1870-1945)

Cuadro registrado con el nº 586 en la lista del artista, compendio fotográfico de Vizzabona, París, archivo Museo Zuloaga, Zumaya.

José Rodao, redactor en “Diario de Avisos” y posteriormente en “El Adelantado de Segovia” puede ser considerado como el cronista de Ignacio Zuloaga en nuestra ciudad. Fue huésped en Santiago-Echea, la finca que construyó en Zumaya, y de una de estas visitas surgió un artículo publicado en este último periódico titulado *Los paisajes de Zuloaga*; en él nos habla de <<los propósitos de pintar unos treinta cuadros de la misma clase; hacer una colección completa: el paisaje total de España.>> y recoge en sentir de otro visitante, Salaverría, quien al elogiar la serie la considera como “estados de alma españoles”. Segovia, como es bien sabido, caló muy hondo en el artista, se pueden contabilizar más de ciento cincuenta cuadros relacionados con ella.

Este paisaje urbano es de enorme interés. Testimonio único del viejo caserío adosado a la iglesia de San Miguel y del que, fotográficamente, apenas queda testimonio, algunas fotos muy imprecisas y en plano muy alejado.

Ignacio Zuloaga solía invitar a amigos muy íntimos cuando viajaba en su coche en busca de paisajes. En cierta ocasión, regresando ya uno de los acompañantes le comentó no haberle visto montar el caballete, a lo que Zuloaga respondió << los apuntes los escribo, no los pinto>>. Así es, en el museo se encuentran infinidad de notas que le servían para interpretar sus cuadros.

Podría ser el caso de este paisaje urbano de Segovia. Tendría algún boceto, notas, pero ante todo su memoria prodigiosa. Fue en su taller de Santiago-Echea donde realizó este conjunto de casas de Segovia. Lo que hace recordar otra sentencia: <<Antes me servía de la mirada, ahora me sirvo de los ojos del alma>>

Hasta aquí lo artístico.

Lo anecdótico del tiempo pasado y pensando en una actual tercera generación, porque de segunda quizás no se puedan contar dos o tres individuos, a quienes les guste recordar a sus abuelos, se manifiesta que la primera tienda de la derecha del cuadro de Zuloaga pertenecía a Felipe Álvarez (Felipe el Hermoso) y se dedicaba a alquiler coches de caballos. A continuación, la sastrería de La Orden (el “sastre de los curas”, por su especialización en sotanas y trajes talaes). En la tercera casa Evaristo Barrero ofrecía sus servicios de gas y fontanería con la particularidad de alquiler de bañeras, pues la higiene se hacía sentir y se adelantó a la instalación de baños en las casas. (Debo estos datos a mi estimado amigo Félix Barrero. Al portal le seguía otra tienda, pescadería de Fernando García, hermano de Juan José, otro fresquero instalado en Malcocinado. Paco Sanz, también, en competencia con Álvarez, ofrecía sus coches y calesas en el portal siguiente. A continuación hubo una panadería, conocida como del “Francés”, cuyo hijo se instaló luego en la calle de Perucho, el señor Herrero, cerrando el cuadro la entrada a la iglesia de San Miguel por el crucero.

Al fondo, a la derecha, se aprecia el arco de granito que da acceso a la iglesia de San Miguel, al comienzo de la calle Malcocinado, con tres escalones, lo que no permitía la circulación rodada.

Casas de la Plaza Mayor.

Lope Tablada Maeso (1877-1946)

Este arevalense vinculado con Segovia desde su infancia, dejó buena muestra de paisajes segovianos de los cuales, a continuación, se va a dar cuenta de dos. Ejecutó decoración de techos con gusto refinado y argumentos testimoniales. La célebre farmacia de Sangarcía y los teatros de Segovia, Juan Bravo y Cervantes, lo atestiguan. No escaparon de su atención los vetustos caseríos de la Plaza Mayor que en su época únicamente quedaban los de la zona este y oeste. El resto había sido transformado en provecho de la necesaria modernización. Su labor ya no es únicamente artística, sino documental.

Con una perspectiva más amplia que la aplicada por Ignacio Zuloaga en ***Rincón castellano***, Tablada Maeso nos presenta la embocadura de la calle Cintería (Isabel la Católica) haciéndonos ver que ya se había levantado la arquería que formaban los soportales que se alargaban hasta la calle Reoyo (Infanta Isabel). En este nuevo edificio se va a desenvolver una actividad comercial y social que llenará interesantes años de la vida segoviana. En los bajos se abrió el café Montañés, Reguera tuvo almacén de coloniales y posteriormente una entidad bancaria. La Burgalesa, café restaurante fue distinguido acomodo. La Peña, el Casino Militar, el Círculo Liberal, El Casino Juan Bravo y el Círculo Mercantil se sucedieron para dar lugar a salones de recreo, de asaltos de esgrima, tertulias y conferencias hasta que se instaló la compañía Electra Segoviana. En el Círculo Liberal -Café Montañés- con asistencia de los magistrados de la Audiencia y los cadetes de la Academia de Artillería, se presentó en 1912 el gran amigo de los Zuloaga el escritor y conferenciante Eugenio Noel, en su peregrinaje para irradiar las novilladas y corridas de toros, que en Segovia encontró enconados opositores con los que mantuvo polémica, que trascendió en los medios de comunicación.

La plaza Mayor de Segovia.

Lope Tablada Maeso.

Como a Daniel Zuloaga le atrae esta plaza en día de mercado. Hay viveza en este cuadro. Cuatro calles de puestos, tenderetes con lonas protegiendo del tórrido sol a vendedores, compradores y curiosos; los géneros esperan esparcidos por suelo en sacos con las bocas remangadas; cestos, banastas y cajones repletos de frutas y hortalizas. Cuida el artista de proporcionarnos la imagen típica de un aldeano vestido con blusón negro, cubierto con sombrero de pico, y garrota en mano, prototipo de cuantos de las aldeas vecinas acuden al mercado. Las mujeres con refajos de vistosos colores, rojo, azul, negro; negro, en general, es también el pañuelo a la cabeza.

Todo forma un conjunto multicolor y altamente sugestivo, lleno de movimiento; trasciende el chalaneo, los pregones, elogios de sus productos. La Plaza vive el frenesí del mercado de los jueves en contraposición de esas casas sin vida al exterior, carentes de personas en balcones o galerías, ya sin persianas que dejan entrar aire y evitan el resistero, como si ya estuvieran vacías, esperando la inminente fecha del derribo para dar lugar a otras nuevas que se apoyarán en los ocho arcos que esperan desde hace 1884. En el frontón del actual teatro Juan Bravo, entre las letras A y V cruzadas

(iniciales del propietario que las levantó, Antonio Villoslada) se proclama el año de la conclusión, 1917. Lentas van las cosas en Segovia.

En 1910, una nueva calle, la del cronista Lecea, dio comunicación a esta plaza con la plazuela de La Rubia y el consiguiente ensanche de la del Serafín (¿Se ha fijado alguien del único testimonio actual que nos recuerda la dedicación de antiguo callejón al integrante del segundo coro de los nueve que forman el coro angélico?) para dar con la de Los Huertos. Ya se podía hablar de línea de tranvías en Segovia. Muchos comentarios surgieron en El Adelantado de Segovia.

La Plaza Mayor de Segovia.
(Datos auxiliares)

Se derriba San Román, 1866

Se derriba San Pablo, 1881

Se derriba San Facundo, 1884 (1895 dice Mariano Sáez y Romero)

1884.- Se inaugura la línea férrea Medina-Segovia.

Los arcos ante el Mesón Grande se levantaban a partir de 1884

En 1866 acomete la pavimentación de la plaza Mayor y ordenación de aceras.

EN 1869 se estaban realizando los arcos para las casas comprendidas entre Cintería y Reoyo.

El “Teatro de la Zarzuela”, de Manuel Manzanares, tuvo vigencia desde 1883 a 1892.

1888.- Se inaugura la línea férrea de Segovia a Villalba.

A partir de 1889 la luz eléctrica fue sustituyendo a los anteriores sistemas de alumbrado

A principios de siglo no llegaba a 14.000 habitantes.

En 1897 se instala el kiosco de la música. Se retira en 1916 para que permitiera mejor visión al público que presenciaba la ceremonia de la coronación de la Virgen de la Fuencisla.

1890-1910 ¿?suministro de aguas y alcantarillado

La casa Larios se levanta en 1915

El teatro Juan Bravo se levanta en 1917

En junio de 1928 Pagola redacta el proyecto de edificar un edificio apoyado en la fachada norte de la iglesia de San Miguel que se llevaría a efecto en 1931.

El herrero.....

* * *